

llo de Turnes, donde Enrique poseía una casa solariega.

Aún me parece respirar el hálito de fuego de aquella siesta de Agosto... Habíamos resuelto bañarnos en el río, y nos desnudamos en un paraje solitario, bajo unos frondosos alisos. Enrique se quejaba, desde hacía días, de malestar vago, de tener la garganta apretada, las fauces secas: era sin duda el bochorno canicular... Vi sus blancas piernas musculosas sumergirse en el agua transparente, y de pronto escuché un grito, un alarido más bien, algo estremecedor. Y le vi correr como un insensato hacia mí, agarrarse a mí, clavarme las uñas en la desnuda carne. Sus ojos salían de las órbitas.

— ¡Ahí! — balbuceaba. — ¡Ahí! ¡Medora! ¡Ahí! ¡Está ahí quieta, en el fondo del río! ¡La he visto en el espejo del agua!

Y cayó, revolcándose. Su boca espumaba; sus brazos se retorcían: pegaba prodigiosos saltos, como si no le pesase el cuerpo. Aparecía más aterrador en su desnudez de demente. Al fin se calmó un poco. Enjuagué su sudor frío, le hice vestirse, me vestí, y cuando, sosteniéndole, volvíamos á casa, me suplicó, juntando las manos con angustiosa vehemencia:

— ¡Acuérdate de lo que me has prometido!

¡Infeliz! No me atreví á cumplir. Le dejé agonizar ocho días, entre torturas, en manos de curanderos, de médicos rurales, que le recetaban ruda cocida con sal y vino blanco, y que por último le sangraron, porque no se le podía sujetar. No quise acceder á quebrantar el quin-

to mandamiento... Y por no infringirlo, por resistir al imperio que en mí ejercía Enrique, di lugar á que él, en un acceso más violento que ninguno, comunicase el horrible mal á la hija de la mayordoma, que, piadosa, le quería asistir. Enrique sucumbió entre dolores y frenesíes, y en los últimos momentos me gritó:

— ¡Cobarde!

Yo huí; no sé qué hicieron de su cuerpo; no le ví enterrar; no pregunté por la infeliz mordida, en quien la cadena de desesperación soldó otro anillo.. A pesar de haber cumplido ¿mi deber? no tuve una hora de alegría; viví hurraño, solo, deseoso de morir también... Y ahora que *ella* se aproxima, quisiera cerrar la el paso. Pero avanza inflexible, y va á apoyar sobre mi agitado corazón los mondos huesecillos de sus dedos, parando el péndulo eternamente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XII

"ALFONSO REYES"

La argolla

Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

Sola ya en la reducida habitación, Leocadia, con mano trémula, desgarró los papeles de seda que envolvían el estuche, se llegó á la ventana, que caía al patio, y oprimió el resorte. La tapa se alzó, y del fondo de azul raso surgió una línea centellante: las fulguraciones de la pedre-



ría hicieron cerrar los ojos á la joven, deliciosamente deslumbrada. No era falta de costumbre de ver joyas; á cada instante las admiraba, con la admiración impregnada de tristeza de una constante envidia, en gargantas y brazos menos torneados que los suyos. Si aquel brillo la parecía misterioso (el de los tachones de una puerta del cielo), es que se lo representaba al rededor de su brazo «propio», como irradiación triunfante de su belleza, como esplendor de su ser femenino.

¡Había pasado tantos años ambicionando algo semejante á lo que significaba aquel estuche! Siempre vestida de desechos laboriosamente «refrescados» (¡qué ironía en este verbo!): siempre calzada con botas viejas, al través de cuya suela sutil penetraba la humedad del enlodado piso; siempre limpiando guantes innoblemente sucios, con la suciedad ajena, manchados en los bailes por otra mujer; siempre cambiando un lazo ó una flor al sombrero de cuatro inviernos, ó tapando el roto cuello de la talma con una pasamanería aprovechada, verdosa.—Leocadia repetía para sí con ira oculta: «¡Ah! ¡Como yo pueda algún día!»—No sabía de qué modo... pero estaba cierta de que aquel día iba á llegar, porque su regia hermosa, mariposa de intensos colores, rompía ya el basto capullo.

Recibida Leocadia en casa del opulento negociante Ribelles, como señorita de compañía de sus hijas—el hermano del banquero, solterón más rico aún, al regreso de uno de sus frecuentes viajes al extranjero, hallándola sola cuando

volvía de escoltar á sus sobrinas, la detuvo, y sin preámbulo la dijo... lo que adivina el lector.

La conversación pasó frente á un espejo enorme, rodeado de plantas naturales, entre el silencio solemne de la escalera tapizada de grueso terciopelo rojo. Fué lacónica, firme, concreta, por parte de Gaspar; verdad es que Leocadia no titubeó: con dos «síes» aceptó el convenio.

Se irían juntos á Inglaterra, antes de una semana. Y el brazaletes, la hilera de gruesos brillantes, que acababa de ceñir á su muñeca, era la señal, las arras, por decirlo así, del contrato. Se despediría la víspera de la familia Ribelles, por medio de una sencilla carta. Ni les debía otra cosa, ni tenía por qué darles cuenta de sus resoluciones. ¡Abur, abur!

Y se complacía mirando el hilo de luz en torno de la muñeca redonda. Alzó la mano hasta el espejo, para divisar en él su brazaletes copiado. ¡Ya los tendría de todas clases, muy pronto! Aros de rubíes sangrientos y de zafiros celestes; cadenas de eslabones de oro, entreverados con lágrimas de perlas, como los que se ostentare en el escaparate de Lacloche... Mientras pensaba esto, una idea cruzó por su cerebro de mujer á quien la necesidad ha forzado á adquirir cierta cultura, — idea confusa, ráfagas de lecturas, recuerdo de la significación de la joya. Argolla de esclava había sido en otros tiempos, en las primitivas edades, el mágico trazo centelleante que rodeaba su puño...—«Ahora significa libertad»—pensó.—«No volveré á cubrir mi cuerpo con lo que otras no quisieron para el su-



yo...» Y sentía un profundo goce que la dilataba el pecho, que la enrojecía las mejillas, el disfrute anticipado de tantas preciosidades. Su cutis fino, de puro raso, percibía el contacto de la batista, la caricia muelle del encaje; su garganta la tibia atmósfera que crean los rizados plumajes y las vivientes pieles; sus orejas de rosa, el toque frío del claro solitario; sus pies airosos, la opresión elástica y crujiente de la malla sedosa...

«No vuelvo á usar algodón», determinó. «Seda, seda no más... Y á docenas los pares... Unos calados, otros bordados como galas de novia...» Acordóse del equipo de la mayor de las Ribelles, casada el año anterior, y las punzantes sensaciones de codicia que despertaba tanta riqueza.

A la evocación de las venturas nupciales, un estremecimiento corrió por el espinazo de Leocadia. Ella no era «novia»... Las novias no lo son por las galas, ni por las joyas, ni siquiera por el amor... Son «novias» por otra razón: ¡Leocadia no sería «novia» jamás! Sin embargo, á pesar de sus ansias de desquite y de lujo, acaso por ellas mismas, conservaba su pureza como se conserva lejos del hielo y del cierzo una azucena destinada á marchitarse en una orgía. «Dentro de seis días»... calculó con involuntario horror. La figura de Gaspar brotó, por decirlo así, del fondo oscuro del cuartucho, en una especie de alucinación de los sentidos. Leocadia vió á su futuro... Futuro, ¿qué? «Futuro... dueño», articuló, abrasándose la garganta al pa-

so de la voz. El orgullo, el orgullo con anverso de virtud y reverso de vicio, con su dualidad moral, se irguió en su alma. ¡El tal Gaspar Ribelles! Su barba ya canosa, lustrada de aceite perfumado; su boca, de labios gordos; sus dientes plomizos, restaurados por medio de toquecitos de oro; sus mejillas llenas y encarnadas; su abdomen de ricachón... ¡qué tipo tan diferente de lo que á menudo, al oír música, después de leer versos, ó en la capilla, entre el olor del incienso, soñaba Leocadia! Con la intensidad de un dolor físico, agudo, de una impresión de azotes en las desnudas espaldas, la hirió la certidumbre de que solo faltaban seis días para la esclavitud... ¡Ah! ¡Cómo aborrecía al mercader! ¡Cómo le aborrecía con todo su ser sublevado, con epidermis, nervios, fibras, venas, entrañas...!

Un golpe en la puerta del cuarto, y la cara risueña y maliciosa, de monago, de Tomasico, el «botones».

—Señorita... Esta carta acaban de traer.

Era un continental: un pliego de papel que tenía por timbre el globo terráqueo, dos hemisferios. Leocadia firmó el sobre, dejó la pluma encima de la mesilla, se acercó á la ventana enrejada y leyó. Según descifraba la misiva aquella, la fresca palidez de su semblante radioso se teñía de púrpura, rápidamente, como si millares de manos la abofeteasen á la vez.—«Sal esta noche á la calle: te aguardo en la esquina á las diez con un coche. Cenaremos juntos.—G.»

El tono imperativo, el grosero tuteo inmotivado, la precaución de la inicial... Leocadia cre-



yó notar que se abría en su corazón una fuente, un chorro de agua limpia, amarga, sana, hervidora— un manantial de indignación, de altivez, de furor, de desprecio. Y debía de ser verdad que la fuente manaba, y se desbordaba, pues ya buscaba desahogo por los ojos. Lágrimas gruesas, copiosas, bajaban á apagar el incendio de las mejillas...

Hizo trizas el papel; abrió la ventana, y al través de la reja lanzó los pedacitos blancos, que revolotearon y fueron á posarse en las losas de la acera. Después, desabrochándose lentamente el ciclo de pedrería, lo miró al través de su llanto, lo tiró al suelo, y con sus botitas viejas pisó, volvió á pisar, taconeó, rompió la argolla—, haciendo saltar los brillantes de su engaste delicado.

## XIII

## El Destino

Casi todos creemos haber librado de algún peligro, por alguna casualidad; casi todos hemos visto, una vez al menos durante nuestra vida, inclinarse sobre el abismo el platillo de la balanza, y no volcarse, vencido ya, por milagro...

Pocos estarán de ello tan seguros como Matías Reñales, mocetón de pelo en pecho, que ejerce el desalmado oficio de guarda de consu-

mos, y más veces anda á tiros que reza el rosario. Aparte de los lances del oficio, Matías suele encontrarse enredado en otros que nada tienen que ver con las gabelas del ayuntamiento, pues Matías es más enamorado que dromedario africano, amén de celoso y matón y reñidor sin jactancias, pero con derroches de valentía que rayan en bizarra temeridad; y á su manera, y dentro del círculo nada selecto de sus relaciones Matías se procura una serie de emociones románticas, y se juega el pellejo con desgaire de guapo é indiferencia de fatalista.

—Porque, miusté—dijome en ocasión de haber venido á verme para pedirme cierta recomendación, la número quinientos mil de las que á toda hora llueven sobre todo el mundo, sea ó no sea *influyente*,—en no estando *de allá*...—y señaló, alzando el índice, al techo de mi escritorio.—Si está *de allí*, sale usted á la calle, hace viento, cae una teja de punta, le da en la caeza... y á San Ginés.

Se me había olvidado que Matías, recriado en Madrid, es albaceteño, no sé si de la propia ciudad puñalera, seguramente de la provincia; y convenirá advertir también que su tipo corresponde al del semimoro, bautizado, pero en el fondo incristianable, que con tal frecuencia encontramos en nuestras regiones del Mediodía. De arrogante figura, tez cetrina, ojos de fuego y terciopelo, barba de intenso negror, y un bosque de descuidados rizos coronando la bella cabeza, Matías es grave y sentencioso á fuer de moro *natural*, y ni se alaba de sus proezas, ni